

# Demoníaca

*(Historia de una maldita perra)*

## Índice

Capítulo I	5
<i>Historia de una maldita perra</i>	10
Capítulo II	13
<i>Una linda putita</i>	15
Capítulo III	17
<i>Mejor recibir (¿pero por qué no dar?)</i>	21
Capítulo IV	24
<i>Femineidad</i>	25
Capítulo V	26
<i>Y el oficio</i>	27
Capítulo VI	28
<i>El goce supremo de...</i>	29
Capítulo VII	32
<i>Red púrpura</i>	33
Capítulo VIII	34
<i>Coger mucho, amar poco</i>	37
Capítulo IX	39
<i>Incursión primera</i>	41
Capítulo X	43
<i>La conexión</i>	45
Capítulo XI	48

<i>Bendita putita</i>	49
Capítulo XII	51
<i>La belleza es sagrada...</i>	54
Capítulo XIII	59
<i>Dios y diablo</i>	61
Capítulo XIV	64
<i>Puto</i>	66
Capítulo XV	69
<i>Secretos de mujer</i>	74
Capítulo XVI	77
<i>Mujer bonita</i>	83
Capítulo XVII	86
<i>Las reinas</i>	93
Capítulo XVIII	96
<i>Porque el sexo...</i>	107
Capítulo XIX	116
<i>Bocatto di cardinali</i>	124
Capítulo XX	130
<i>De: Sonia Ceilán (<a href="mailto:hembrahombre@hotmail.com">hembrahombre@hotmail.com</a>)</i>	139
Capítulo XXI	145
<i>De: Sonia Ceilán (<a href="mailto:hembrahombre@hotmail.com">hembrahombre@hotmail.com</a>) II</i>	161
Capítulo XXII	163

*(El objetivo es) Implantar el reino de Dios en la Tierra.*

Organización Nacional del Yunque

*Aceptar la embestida de un hombre produce una extraña sensación de hombría.*

Atribuido a George Gordon. Lord Byron

## Capítulo I

Bien se anota que un fiel creyente tiene que cuidarse de los esplendores, el diablo suele aparecer como un ángel. María purísima misma, cuando se le presentó el arcángel anunciador, pidió a Dios que le quitara ese mensajero luminoso que bien podía ser el mismo Satanás. Yo no tuve tanta devoción, tanta fe. Yo no sé si he estado ante Satanás o ante un ángel. O quizás, me he atrevido, contra mi fe, contra mí mismo, a pensar que en ese ser (puesto que ni siquiera sé —con rigor de ciencia cierta— cuál es su sexo) se conjuntan ambos, ángel y diablo, hombre y mujer, suprema perversión y candor de infante.

Era una hembra deslumbrante..., e inexplicable. Delicada, débil como ninguna, graciosa y tan femenina como la encarnación de ese concepto, de modales caprichosos y sensible cual criatura, una señorita como las que anuncian productos de belleza en televisión o en las portadas de las revistas frívolas que nos hacen pensar que semejantes muchachas no son reales, que jamás veremos una mujer tan hermosa porque sencillamente no existen. Así era ella; decía llamarse Sonia, y, sin exagerar, era la mujer más bella que he visto y cuantos la hayan visto, pienso, dirán lo mismo...

Y es que además de ser tan hermosa y saberlo, ahora sé que ella desplegaba un acucioso y extremado esmero en parecerlo. “Hay mujeres que viven para ser bellas. Y las que lo logran son sólo las que, además de muy bonitas, despliegan un especial y esmerado trabajo y cuidados para serlo y, más aun, actúan, siempre que están a la vista de alguien, para que así parezca”. Sonia era ese tipo de mujer.

La conocí en una reunión entre los dirigentes de la arquidiócesis, los 66 obispos

residenciales, los dieciséis arzobispos y los seis cardenales, además de los dirigentes y líderes laicos de nuestra Santa Madre de todos los estados. Más de seis de cada diez éramos de la organización. Estábamos en uno de los restaurantes tradicionales, de buen gusto y cómodos de la ciudad, se había llevado a efecto una sesión de trabajo en un salón adjunto, en la que sus excelencias nos escucharon a los dirigentes laicos que tratábamos de cambiar tantas cosas en las parroquias, pero además, incidir por fin como institución en los medios masivos, en especial en la televisión, acceder a la escuela primaria de manera oficial, incluso en la secundaria, nuestro objetivo era llegar a que se enseñase teología católica desde la educación primaria hasta el nivel universitario. Yo había elaborado un plan de acción que proporcioné a sus excelencias y una síntesis fue leída en el cónclave. Las condiciones políticas del país, a partir precisamente del nuevo milenio venían siendo cada vez más favorables para nosotros. En algún momento sentí que *la organización* no sólo tenía acceso a los enclaves del supremo poder, sino que tenía el poder en sus manos. Era el momento de penetrar en el pueblo profundamente, revertir la decadencia de la Santa Madre, volver a convertirnos en una iglesia de las grandes masas y, el gran problema de nuestros días, generar la mayor cantidad posible de vocaciones sacerdotales. Todo eso lo lograríamos sólo si lográbamos entrar en las aulas escolares, si conseguíamos una “concesión” para usufructuar una cadena televisiva nacional. Hacia eso trabajábamos en aquella sesión.

Sonia estaba en la cena posterior; me deslumbró tan sólo al detener mi vista en ella muy fugazmente. En efecto, un prístino ángel. O un refulgente demonio. Lo primero por su belleza sublime. Lo segundo también, por su vestimenta, al menos, imprudente y si me

apuran un poco, desvergonzada. Pero escandalosamente bella. Brutalmente hermosa. De esas bellezas que lo hacen sentir a uno estúpido y que a ciertas personas les provocan lágrimas.

Luego la vi de cerca en el brindis final. Era extraña su presencia ahí, donde las únicas mujeres eran las esposas de algunos de nosotros, quiero decir de mis compañeros. Sonia me fue presentada como “modelo” en una situación algo confusa, por un conocido que no bien identifiqué, el sujeto me dijo que era sobrina del Cardenal Primado de México. Lo creí a pie juntillas, una jovencita indescriptiblemente bella. El conocido me dijo:

—Mira, ella es Sonia, la sobrina de su ilustrísima. —No pude ocultar mi estupor, ante la soberbia belleza de mujercita: casi rubia, ojos de un verde agua que aturdirían, color inverosímil; delicada que parecía urgirnos a disputar por protegerla, blanca como una flor intocada, Dios santo. Vestía un traje de noche que dejaba ver gran parte de su cuerpo divino, sus senos tiernísimos, casi pequeños, casi irreales, muy poco de sus pechos se cubría de la vista bajo la tela, una vestimenta inapropiada ante semejantes personajes; un atrevimiento en tal reunión. Casi llegué a sentirme molesto por semejante atrevimiento, pero su belleza, que no era concebible en mujeres terrenales, como he dicho, era una belleza de otro mundo, me fascinó, me sedujo, me derrotó, disolviendo toda molestia por su osada manera de exhibir el cuerpo. Tomé su mano y la retuve —casi contra mi voluntad—, un instante más de lo que la cortés galantería permite, mientras miraba a Sonia a los ojos, ella sonrió relajada y benévola, como quien muy bien comprende que su presencia perturba y dejó aprisionada en la mía su mano, pero aún más, con delicada suavidad en un movimiento apenas perceptible me hizo sentir que esperaba que se la

besara, entendí el gesto y, deleitado, lo hice.

—Mucho gusto —le dije.

—Encantada —respondió ella con su sonrisa feliz y deslumbrante que premiaba mi beso en el dorso de su mano. Conversamos un poco sobre alguna trivialidad mientras yo trataba de ocultar la turbación que ella me provocaba. El resto de los participantes en la trivial charla, religiosos y laicos, desaparecieron para mí, aunque ahí estaban. Por alguna razón, a lo largo de la interacción, se descubrió que, además de profesor de literatura en un instituto educativo afiliado a la Santa Madre, he publicado libros de cuentos edificantes y novelas de superación moral, además de mi trabajo en la diócesis. Entonces Sonia se interesó en mí, comenzamos a hablar sólo ella y yo. Sentía que el cielo me bendecía. Mis atributos de dirigente, hombre maduro, solvente, culto, soltero y de intachables costumbres eran, en ese momento, una bendición. Hablamos de la creación literaria y ella me dijo que le gustaría mucho enseñarme algunos textos que había escrito. Ahora fui yo el que dijo “Encantado”. Y así, acordamos vernos otro día, en otro lado, con sus textos listos. Para que yo le diera una opinión de lo que ella había escrito. Estar en compañía de semejante mujer era un privilegio para el que no encuentro palabras que describan; no exagero, en la reunión la gente nos miraba sin consideración, la admiraban, tanto hombres como mujeres. Ella se comportaba como una reina, naturalísima, estudiada quizá, pero sabedora de los inmensos poderes que la investían por su belleza tanto natural, como la realzada, la cultivada por los maquillajes y los múltiples afeites a que se somete una mujer para lucir así de deslumbrante. Estuve ante ella unos minutos. Como la princesa del cuento desapareció para hacerme sentir inalcanzable. Pero cuando se despidió, después de mi



reiterado beso en la mano, ella se aproximó a mí hasta rozar su rostro con el mío y hablarme al oído entre mi deleite al sentir la brisa de su aliento mientras yo creía enloquecer:

—Quiero verte otro día. Me interesa mucho. Quiero que leas algo que escribí, por favor. —Luego se separó y me miró—, ¿se puede? —Sólo alcancé a balbucir algún sonido gutural, no de consentimiento, no de aceptación, sino de total claudicación. Entonces ella me dio una tarjeta con su nombre y su ocupación: “modelo y edecán”, también incluía, Dios santo, su número telefónico. Me besó en la mejilla con una lentitud como la que yo usara al besar su mano. Quedé tan conmovido que derramé dos lágrimas furtivas y estuve a punto de seguirla. Pero me contuve.

Nos encontramos diez días después. Ahora vestía mucho menos ostentadamente en todo sentido, pero no dejaba de deslumbrar con su belleza. Su gracia y la bondad (o lo contrario al egoísmo, la avaricia, el engreimiento) para actuar, me hacía sentir como si su belleza fuera algo trivial, eso la hacía deliciosa. Me convencí que desde las bestias hasta los ángeles se enamorarían de ella en la primera cita. Me dije “Santo Dios, qué va a ser de mí”. Conversamos un rato, bebimos, ella, una infusión frutal y yo un café. Me pidió, si no me molestara, que la oyera leer su texto. Fascinado acepté. Y empecé a conocer al diablo. Leyó:

*Historia de una maldita perra*

*(Y también algunos cerdos)*

*De viejos y de viajes*

*Capítulo uno.*

*Fui llamada Señorita bestia, La puta caballero, también me decían La niña de la verga despiadada. Pinches viejos payasos; pero cada apodo es un síntoma de cómo se divertían conmigo. Lo único que me molestaba era viajar tanto tiempo para ver a estos sucios carcamanes. Lo de pinches y lo de viejos, como buena puta que soy, lo soporto porque soy una profesional. Sin embargo, como una persona (políticamente) correcta, prefiero ser llamada sexoservidora. Y no es que puta me moleste, pero es que soy disciplinada por naturaleza, ergo, políticamente correcta. Pero los viajes, ay los viajes, son horribles. Prefiero a los viejos que a los viajes. Y es que además me niego a subirme a los aviones. No, qué terror, Dios santo, no me gustaría que rescataran mis pedazos en medio de una retacería de fierros y cadáveres quemados. No, no y no. Cuando muera me conservaré hermosísima como siempre, pálida, con una levísima sonrisa de burla, con una expresión como si estuviera, diciendo adiós, bola de pendejos, esta hermosura de puta se fue del mundo y no se la pudieron coger. Lo cual no es cierto ¿verdad?, lo de coger, porque me ha cogido tanta gente que ay no; en cuanto a lo otro sí reconozco lo de puta y lo de hermosa, eso sí es cierto, soy una putita preciosa; si no, no tendría por clientes a los mejores pagadores de México y quizá del mundo, los que aparte de todo son la gente más enloquecida, la más imaginativa, son los que más te adoran, los del circuito púrpura,*

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

